

Cacama opinó siempre por recibir de paz á los hombres blancos y barbudos. Cuando éstos se aposentaron en Tenochtitlan, quiso se les guardasen los fueros debidos á los embajadores de un gran rey; á la vista despues de la prision de Motecuhzoma, del suplicio de Cuauhpopoca, de los excesos cometidos por los extranjeros y muerte injusta de su hermano, comenzó á solicitar á los nobles méxica á fin de hacer la guerra á los invasores, arrojarlos de la ciudad y poner libre al emperador. Sus indicaciones no obtuvieron resultado alguno; Motecuhzoma cegado primero por la supersticion, estaba para entónces completamente subyugado por el miedo; los méxica, acostumbrados al despotismo más absurdo, carecian de propia voluntad obedeciendo ciegamente los mandatos de su señor. Despechado Cacama de no encontrar quien respondiera á su tardío desengaño, huyó de México á Texcoco resuelto á levantar á sus vasallos y ponerlos en campaña. (1)

(1) Ixtlilxochil, Hist. Chichim, cap, 86, MS.

CAPITULO V.

MOTECUHZOMA XOCOYOTZIN.—CACAMA.

*Motecuhzoma en la prision.—Aparente respeto de los castellanos.—Liberalidad del emperador.—Anécdotas.—Paseos.—Construccion de dos bergantines.—Exploraciones en busca de los rios auríferos.—Reconocimiento del Coatzacoalco.—Prision de los reyes de Acolhuacan y de Tlacopan, de Cuiclahuac y otros nobles.—Motecuhzoma se reconoce súbdito del rey de Castilla.—Colecta de oro.—Monto y reparticion del tesoro.—Descontento entre los soldados.—Apacigualos D. Hernando.—Suceso desgraciado.*

II tepatl 1520. Con la facilidad demostrada por el monarca, para pasar pronto de un estado mortal de congoja á la más absurda tranquilidad, Motecuhzoma olvidando estar en prision y la afrenta recibida al ponerle grillos, vivía resignado y aún contento en el cuartel de los españoles. Dejábanle la vida y el ejercicio del poderío absoluto, si bien subordinado al antojo de los blancos, y con ello se daba por satisfecho. Verdad es que las guardias le cerraban la salida á la ciudad, que las vigilantes miradas de los castellanos le perseguían hasta en las acciones más íntimas; pero en cam-

(1) Ixtlilxochil, Hist. Chichim, cap, 86, MS.



bio, sus vasallos eran sumisos como ántes y los mismos teules le prodigaban atenciones. En efecto, el sagaz D. Hernando acariciaba el orgullo de su cautivo, guardándole y haciéndole guardar exteriores muestras de respeto: "en aquel tiempo todos nosotros, y "aun el mismo Cortés, cuando pasábamos delante del gran Montezuma le hacíamos reverencia con los bonetes de armas, que "siempre traíamos quitados, y él era tan bueno y tan bien mirado, "que á todos nos hacía mucha honra: que demas de ser rey desta "Nueva España, su persona y condicion lo merecía. Y demas de "todo ésto, si bien se considera la cosa en que estaban nuestras vidas, sino en solamente mandar á sus vasallos le sacasen de la prisión y darnos luego guerra, que en ver su presencia y real franquiza lo hicieran." (1)

Todos los dias despues de haber dicho sus oraciones iba Cortés á visitarle en compañía de cuatro capitanes, principalmente de Alvarado, Velázquez de Leon y Ordaz; en las pláticas le pedían órdenes acerca de lo que debiera hacerse, consolándole ademas por su estado presente, á lo cual respondía holgarse de estar preso, pues los dioses de los blancos les daban poder para ello y así lo permitía Huitzilopochtli. Alguna vez asistía á la conversacion el padre Olmedo, y entónces, ademas de ensalzar el poderío del rey de España, sobreventan las indicaciones religiosas, con las amonestaciones acostumbradas acerca de la inutilidad de los ídolos: en este capítulo, el único en el cual Motecuhzoma supo mostrarse intransigente, llegaron á lograr los predicadores escuchase con cierta atencion, sin dar empero claras señales de convencimiento. Dióle Cortés como ser-

(1) Bernal Díaz, cap. XCVII.—"97. Item. si saben que con muchas cosas quel dicho Don Hernando Cortés dixo al dicho Montezuma, así de las devinas como de las humanas, é con muchos buenos tratamientos que le fizo, é cosas que le dió, é con mostrar que abía de ser el mayor Señor que nunca fué, é quel dicho Don Hernando Cortés é todos los españoles le abían de servir, é así lo fazian diciéndole que S. M. lo mandaba, se truxo al dicho Montezuma á mucha amistad é concordia con el dicho Don Hernando Cortés, é tanto que le daba aviso de todas las cosas de la tierra, é de la manera que abía de tener para que todos fuesen suxétos, é nadie se osase levantar; é tanto que queriendo el dicho Don Hernando Cortés descir que se volviese á su casa para ver la voluntad que ternía, é no para fazerlo, el dicho Montezuma dixo que no convenía sino que estuviesen xuntos, porque con estar allí, no le osasen decir que fiziese nengun desconcierto, é que ya que se lo dixesen, ternía cabsa para escusarse, disciendo, questaba como preso, é que si algo se moviese, que lo matarían." (Interrogatorio, Doc. inéd. tom. XXVII, pág. 340—41.)

vidor á un pajecillo nombrado Ortegulla, suelto ya en el idioma nahoa, la cual le pareció grande distincion; "y fué harto provechoso "así para el Montezuma como para nosotros, porque de aquel paje "inquería y sabía muchas cosas de las de Castilla el Montezuma, y "nosotros de lo que decían sus capitanes; y verdaderamente le era "tan buen servicial, que lo quería mucho el Montezuma." (1)

Cierto marinero nombrado Trujillo, estando de vela, cometió una descortesía, escuchada por el emperador, llamóle al dia siguiente, le reconvinó con blandura encargándole no repitiera el descomedimiento y le regaló una joya de oro: el grosero soldado, creyendo ser éste el medio de encontrar provecho, repitió en noche inmediata su insolencia con mayor rumor; mas enfadado Motecuhzoma se quejó al capitan de la guardia Juan Velázquez, quien no volvió á poner de centinela al poco mirado, despues de darle severa reprimenda. El buen ballestero, Pedro López, al ser colocado de faccion en una vez prorumpió de despecho: "Oh pesia á tal con este perro, que "por velalle á la continua, estoy muy malo del estómago, para me "morir." Motecuhzoma recibió de ello pesar, se quejó á Cortés y el Pedro López fué azotado dentro del cuartel: la guardia tuvo en adelante mayor compostura. (2)

La desgracia, gran enseñadora de cosas desconocidas, parece haber modificado el carácter orgulloso del emperador. Como para buscarse simpatías y querencias, era dadivoso con los blancos, no dejando pasar ocasion de hacerles algun regalo, principalmente en oro por el cual mostraban tanta aficion. Informado por Ortegulla de la calidad de cada uno, así los distinguía y apreciaba. Daba de su voluntad por el servicio más ligero, y contentaba á cuantos se acercaban á pedirle, que eran los más. Bernal Díaz, entónces mancebo, le demandó una india hermosa; recibió tres tejuelos de oro, dos cargas de mantas, con una señora principal, concubina que habia sido del monarca, con la cual pensaba honrar al futuro cronista: aquella mujer se llamó despues de bautizada Doña Francisca. Otros varios soldados alcanzaron tambien del regalo de concubinas del emperador. (3) Tomó muy gran cariño á un Peña y se entretenía en

(1) Bernal Díaz, cap. XCV.

(2) Bernal Díaz, cap. XCVII.

(3) Bernal Díaz, cap. XCVII.



tirarle el bonete de una azotea abajo para hacerle ir por él; cuando regresaba recibía siempre un joyel de valor: tomóle gran afición, le tenía siempre consigo y no salía sin llevarle al lado; sin la muerte del príncipe, Peña hubiera quedado rico, y parece lo merecía pues era gracioso, de buen aire, avisado en lo que decía y hacía. (1) Si la ocasión no se presentaba, él la buscaba para hacer mercedes. Alonso de Ojeda traía una bolsa de seda de las llamadas burjaca, vióla Motecuhzoma y la pidió; mas inmediatamente hizo entregar á Ojeda dos indias hermosas, muchas mantas ricas, una hanega de cacao y algunas joyas: "y como ninguna cosa adquiere tantos amigos como la liberalidad y afabilidad, aliende de ser tan gran señor, le respetaban y amaban los castellanos, como si de cada uno fuera padre y hermano." (2) Jugaba muchas veces con Cortés al juego llamado por Bernal Díaz *totoloque*, el cual consistía en arrojar unas bolitas de oro sobre unos tejos del mismo metal, ganándose la partida á cinco puntos; Alvarado tanteaba y siempre contaba una raya de más á favor de Cortés, de lo cual fué motejado por el emperador como mentiroso, con gran risa de los mismos castellanos: las apuestas eran siempre cosas de valor. Ganando el general repartía la ganancia entre los parientes del emperador, y si éste obtenía lo daba á los castellanos de la guardia. (3) También apostaba con el capitán Tonatiuh, el cual si perdía pagaba en piedras de chalcihuitl estimadas por los indios y menospreciadas por los blancos, mas si ganaba recibía joyas de oro, metal buscado por éstos y desestimado por aquellos. Motecuhzoma solía perder en una sola tarde cuarenta ó cincuenta tejuelos de oro, del valor cada uno de lo ménos cincuenta ducados, "y holgábase las más veces de perder; por tener ocasión de dar." (4)

Los castellanos daban el nombre de la Joyería, al aposento en que tenían guardado el tesoro; de ahí sacaron al patio como mil cargas de ropa, la cual como no les servía, intentaron volverla á Motecuhzoma, mas éste no lo consintió, diciendo no estar acostumbrado á recibir lo regalado ya por él: Cortés la repartió entre los soldados

(1) Herrera, déc. II, lib. VIII, cap. V.—Torquemada, lib. IV, cap. L.

(2) Herrera, déc. II, lib. VIII, cap. V.

(3) Bernal Díaz, cap. XCII.

(4) Herrera, déc. II, lib. VIII, cap. V.

como mejor le plugo. Durante el día multitud de personas estaban ocupadas en aderezar y limpiar las calles; por la noche ponían braseros con fuego de trecho en trecho, para alumbrar durante la oscuridad. Los castellanos tomaban á su servicio cuantas personas querían, manteniéndolas de la munificencia real; para atajar aquel vicio, ordenó Cortés no conservaran los soldados mas de una mujer para guisarle de comer; entendida la disposición por Motecuhzoma, díjole á Cortés, con palabras blandas, no le tuviera en tan poco de no poder hacer el gasto de los naborias, y si aquello permitiese sería en contra de su grandeza; en consecuencia, hizo volver á los sirvientes, mandando aposentarlos bien y darles ración doblada. Para las necesidades naturales de los blancos se dispusieron las casas llamadas *maxixato*, con sirvientes que las tuvieran limpias y exentas de mal olor. (1) Todo esto prueba la bondad del emperador para tratar á sus huéspedes.

Una vez pidió Motecuhzoma ir al templo, alegando como razones, cumplir sus obligaciones religiosas y mostrarse á sus capitanes, y principalmente á sus sobrinos, quienes teniéndole por preso le solicitaban de continuo para ponerle en libertad; quería satisfacer á todos, dando á entender estaba libre y si permanecía en el cuartel de los españoles era á causa de habérselo mandado así el dios Huitzilopochtli. Díóle Cortés la licencia, haciéndole comprender que cualquier desmán lo pagaría con la vida, á cuyo efecto mandaba capitanes y soldados para acompañarle, los cuales luego que notaran alguna señal de querer ponerle en libertad, ó dar guerra á los castellanos, llevaban la orden de matarle á estocadas; recomendóle igualmente se abstuviese de sacrificar víctimas humanas. Salió el emperador del cuartel con su pompa acostumbrada, llevado en unas ricas andas sostenidas en hombros de los nobles, con su heraldo delante con las varillas de oro alzadas en la mano para advertir de la presencia del soberano; servíanle de cortejo los capitanes Juan Velázquez de Leon, Pedro de Alvarado, Alonso de Avila y Francisco de Lugo, con ciento y cincuenta peones, y además iba Fr. Bartolomé de Olmedo para vigilar en lo respectivo al sacrificio. Llegado cerca del *teocalli*, se bajó de las andas, y al estar abajo de las gradas le tomaron los papas de los brazos para subirle hasta las capi-

(1) Herrera, déc. II, lib. VIII, cap. IV.—Torquemada, lib. IV, cap. LI.



llas superiores; aquí vieron sacrificados los españoles cuatro víctimas y se hicieron disimulados todavía, pues la ciudad no estaba muy tranquila, como ni tampoco las ciudades comarcanas. Tardó poco Motecuhzoma en el teocalli, dando la vuelta al cuartel, en donde distribuyó joyas de oro á los soldados. (1)

Habiendo llegado á México la jarcia, el velámen y demas artículos pedidos por Cortés y enviados de la Villa Rica por Sandoval, los carpinteros de ribera, Martin López y Alonso Núñez, procedieron á la construcción de dos bergantines, los cuales salieron muy ligeros, provistos de velas y remos con una tolda encima; ayudaron en cortar y acarrear las maderas, así como en lo demas de la obra, los carpinteros méxica. Se comprende no haber puesto la mano D. Hernando en aquella labor por puro pasatiempo, su intento era abrirse paso franco por el lago, para salir libremente con su ejército sin los peligros y dificultades de las calzadas. Luego que el real cautivo supo de aquella novedad, mostró deseo de ir á solazarse al peñon de Tepepolco (Peñon grande ó del marques), en donde tenía una estancia cuyo acceso estaba prohibido aun á los mismos nobles. Concedido el permiso, aunque precedido de las indicaciones de que no intentara huir pues sería muerto, fué embarcado en el bergantin más velero, con algunos de su séquito, ocupaban el otro bergantin muchos nobles con un hijo de Motecuhzoma, debiendo seguirles las canoas del emperador con los monteros y sirvientes; iban de acompañamiento Juan Velázquez de Leon, Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Alonso de Avila, con doscientos soldados, más cuatro tirillos de bronce, con los artilleros Meza y Arvenga. Aquellas naves, manejadas á vela y remo, eran muy superiores á cuanto los méxica conocían en el arte naval y en ellos ponían admiración; soltado el trapo, las naves se deslizaron sobre las aguas remedando grandes aves con las alas tendidas, dejaron muy atras las canoas aunque movidas por gran número de remeros, gozándose el monarca en la velocidad de la marcha y en la precision de los movimientos. Fué al peñon, cazó á su sabor y se entretuvo, retornando á la ciudad al caer de la tarde; cuando la flotilla estuvo cerca de la isla disparó la artillería como haciendo salva al cautivo, de lo cual quedó prendado, en señal de lo cual repartió joyas de oro á los soldados. (2)

(1) Bernal Díaz, cap. XCVIII.

(2) Bernal Díaz, cap. XCVIX.

Muchas veces despues pidió licencia para salir á cazar ó recrearse en las estancias ó palacios de dentro ó fuera de la ciudad; se le otorgaba, (1) y los nobles le acompañaban, le cargaban en andas y el pueblo apartaba los ojos sumiso y reverente; pero siempre en el cortejo, cercanos á las andas, iban algunos castellanos con sus armas relucientes y en el séquito se mezclaban algunos de aquellos aborrecidos tlaxcalteca, quienes no le apartaban los ojos, espiondo hasta el menor de sus movimientos. Los ignorantes podían confundirles con una guardia de honor, mas el monarca no podía equivocarse en el significado, sabiendo que al menor sintoma de evasión ó de tumulto sería irremisiblemente muerto á estocadas ó flechazos. Despues de cada paseo repartía joyas entre los soldados de su custodia.

Hacia este tiempo preocupaban dos ideas á D. Hernando; saber de las minas y lugares en donde se cogía oro, buscar un puerto más abrigado y capaz que el de la Villa Rica. De ambos objetos habló con Motecuhzoma, quien respecto de lo primero, le dió los necesarios informes, ofreciéndole personas para acompañar á los exploradores blancos; aceptado el ofrecimiento, Cortés nombró diversas comisiones, encargadas de reconocer é informarse en los lugares mismos, debiendo estar de regreso cuarenta dias despues de su salida. Gonzalo de Umbría, el piloto, en compañía de dos soldados y de los emisarios del emperador, marchó á la provincia de Zozolla en el Mictecapan, (2) fueron por tres grandes provincias con buenas poblaciones, mirando un aposento y fortaleza, "mayor y más fuerte y más bien edificado que el castillo de Burgos" (tal vez las ruinas de Mictlan); recorrieron igualmente la provincia de Tamazolapan, estudiando cómo sacaban por medio de un lavado imperfecto los granos de oro de las arenas de tres diferentes rios. Umbría y los suyos

(1) Cartas de relac. pág. 88.

(2) Cortés, Cartas de relac. pág. 89, escribe Cuzula, palabra que escrita con cedilla, como lo debía estar en su origen, se convierte en Cuzula y Zuzula, la misma que Zozolla ó Zuzula. Esta población corresponde á la Mixteca, en el Estado actual de Oaxaca, confirmandose haber sido la visita á aquella region con que se nombra la provincia de Tamazulapa (Tamazolapan), correspondiente tambien á la demarcacion. Bernal Díaz, cap. CIII, escribe Cacatula, cuando ya había puesto Zacatula en el cap. CII: Zozotla y Zacatula son dos lugares diversos y muy distantes, por lo cual nos figuramos que Bernal Díaz cometió un error de pluma, á no ser el supuesto de dos diversas expediciones, la una á Zozolla, la otra á Zacatula.



fueron los primeros en tornar á México, trayendo ricas muestras de las pepitas de oro, no todas las alcanzadas, pues aquellos deseubridores vieron tambien por su particular provecho: con los blancos vinieron algunos nobles de las provincias, quienes no obstante estar sujetos á México, trajeron algunos regalos y se pusieron á disposicion de los hombres blancos y barbudos. (1)

Pizarro, jóven de veinticinco años, á quien Cortés trataba como pariente, fué nombrado jefe de la expedicion á Malinaltepec, algo más cercana á la costa de la mar del Sur que la provincia anterior. Reconocida la tierra y caminando en direccion del nacimiento de los rios dieron con la provincia de Chinantla, (2) de diversa lengua de la culhua, no sujeta al imperio, con habitantes bárbaros y guerreros, los cuales peleaban con lanzas de veinticinco á treinta palmos de largo. El señor de la tierra, Coatlicamatl, concedió entrada franca á los teules, mas se opuso abiertamente al pase de los méxica; dudaron los castellanos si pasarían solos, y una vez resueltos, fueron admitidos amigablemente. Reconocidos los rios auríferos, tornaron á Tenochtitlan con muestras de las pepitas, trayendo consigo dos embajadores de Coatlicamatl, con presentes en joyas y ropas, quienes ofrecieron á D. Hernando la amistad de su señor; aquellos bárbaros pedían proteccion á los extranjeros contra las invasiones de los méxica. Pizarro tornó sólo de su exploracion, pues sus compañeros, Barrientos, Escalona el mozo, Heredia el viejo y Cervantes el Chocarrero, agrados del trato de los indios y de la tierra por ser rica y fértil, se quedaron para formar una estancia. (3)

Tercera comision fué á Tochtepec, doce leguas de Malinaltepec, reconociendo los dos rios de arenas de oro. Segun informaron, la tierra ademas de rica era abundosa; por esta causa D. Hernando rogó á Motecuhzoma, mandase labrar una estancia en términos del mismo Malinaltepec, la cual debiera ser para propiedad del rey de España. Consintió en ello el emperador, y dos meses despues estaban construidas cuatro buenas casas y un estanque con cria de patos, había reunidas cantidad de gallinas y aves de corral, con gran-

(1) Cartas de relac. pág. 89.—Bernal Díaz, cap. CII y CIII.—Herrera, déc. II, lib. IX, cap. I.

(2) Los chinanteca quedan hoy dentro del Estado de Oaxaca; Cortés, pág. 90, les llama *tenis*, estropeando la palabra nahoá *tenex*.

(3) Bernal Díaz, cap. CII y CIII.—Herrera, déc. II, lib. IX, cap. I.

des sembrados de maíz, frijoles y cacao, "sin otros aderezos de granjerías, que muchas veces juzgadas por los españoles que las vieron, la apreciaban en veinte mil pesos de oro." (1)

En cuanto á la existencia de un puerto capaz en la costa, Motecuhzoma contestó no saberlo; mas al dia siguiente, presentó á Cortés, pintado en un paño, el plano de una parte de la costa del Golfo, señalados los ancones y rios. Llamó la atencion de D. Hernando una caudalosa corriente, situada hacia las sierras de San Martín, en la provincia de Coatzacoalco, (2) y para reconocerla envió al capitán Diego de Ordaz con diez castellanos, entre pilotos y marineros, reunidos á los mensajeros imperiales. Recorrieron desde el puerto de San Juan (hoy Veracruz), en la costa de Chalchiuhcuecan, (3) hasta el Coatzacoalco, sondeando en canoas las desembocaduras de los rios: llegados al Coatzacoalco, como aquella provincia no estaba sujeta á Motecuhzoma, y pocos dias antes habían tenido un combate con los méxica, el señor Tochintecutli (4) resistió dejar penetrar en sus estados á los imperiales; si bien recibió y admitió benévolamente á los blancos, dándoles canoas y su cooperacion personal y la de sus súbditos para efectuar el reconocimiento del rio: encontráronse en la barra más de dos brazas y media de fondo en la baja mar, y navegando doce leguas por la corriente arriba la menor profundidad entre cinco y seis brazas. La tierra era abundante y bien poblada, y cuando la vista estuvo concluida, Tochintecutli dió á Ordaz un regalo en oro acompañado de una india hermosa, enviando á Cortés ciertos mensajeros con joyas de oro, pieles de tigre, plumajes, piedras finas y ropa, para ofrecerle su amistad y que se le sujetaría pagando cada año el tributo, á condicion de no permitir la entrada de los culhua por sus tierras. (5) Así por todas partes, se quejaban los pueblos de las extorsiones de los méxica, apresurándose á ponerse bajo la proteccion de los poderosos teules.

Agradado Cortés de las noticias recibidas, mandó nuevos explora-

(1) Cartas de relac. pág. 91.

(2) En la edicion de las cartas en Lorenzana, se lee Sannyn, palabra que debiera estar escrita San Min., abreviatura de San Martín. Cortés pone en lugar de Coatzacoalco, las palabras Mazamalco, Quacalco.

(3) Es el Chalchilmeca de Cortés, pág. 92.

(4) Así nos atrevemos á restaurar la palabra Tuchintecla, escrita por Cortés, pág. 92. Bernal Díaz, cap. CIII, le llama Tochel.

(5) Cartas de relac. pág. 92 y sig.—Bernal Díaz, cap. CIII.



dores con los mensajeros de Tochintecuhtli, á quien enviaba en respuesta muy buenas palabras y algunas cuentas de vidrio: tornaron á sondear y reconocer el río, buscando lugar propio para fundar pueblo, y como el señor fuera contento, y áun hiciera construir seis casas en el asiento escogido, los castellanos dieron la vuelta á México. Entonces Cortés mandó á Juan Velázquez de Leon con ciento cincuenta castellanos, á fin de poblar en la orilla del Coatzacoalco, labrando al mismo tiempo una fortaleza. (1) Aunque esto tenía lugar hácia el mes de Abril, separar la tercera parte de la fuerza para una colonia muchas leguas distante de México, arguye en D. Hernando excesiva confianza en su posición.

No olvidó Cortés informarse de la provincia de Pánuco, de la cual recibió las primeras noticias por los soldados y el indio de la nave de Garay aprisionados en la costa de la Villa Rica. Hablado al intento Motecuhzoma proporcionó unos intérpretes huasteca que tenía, los cuales con el indio prisionero fueron á decir al señor de Pánuco, de parte de Cortés, tuviese á bien sujetarse al rey de Castilla. Aquellos mensajeros tornaron con un embajador del Huastecapan, trayendo piedras finas, ropas y plumajes, diciendo de parte de su señor como era contento en reconocerse por vasallo y amigo de los blancos; recibieron en respuesta algunas de las cosas de Castilla, regresándose para su tierra muy contentos, y tanto, que después dieron noticia á Cortés de la presencia de las nuevas naves de Francisco de Garay. (2)

Mientras pasaban estos sucesos, el disgusto contra los invasores comenzaba á fermentar, una vez pasada la primera impresión, y á medida que los blancos iban dando rienda suelta á sus excesos. Por entonces quien se puso al frente de aquella reacción fué Cacamatzin, señor de Acolhuacán, el mismo sobrino de Motecuhzoma que había opinado en el consejo por recibir de paz á los teules, como embajadores de un gran rey. Las causas que le arrojaban por aquel camino eran públicas y privadas: la prisión del emperador; la toma del tesoro de Axayacatl, la muerte de Cuauhpopoca y de sus nobles compañeros, los desmanes cometidos diariamente por los castellanos, á lo cual se unía la reciente muerte de su hermano Nezahualquen-

(1) Cortés, Cartas de relac. pág. 93.—Gomara, Crón, cap. XC.

(2) Cartas de relac. en Lorenzana, pág. 44-45.

tzin. En México había comunicado sus proyectos á los guerreros, quienes se habían negado á seguirle, pues acostumbrados como estaban á la obediencia ciega y pasiva de su señor, nada se atreverían á hacer sin su expreso mandato; por esta causa y temiendo ser preso, había huido secretamente á Texcoco, capital de sus estados. Aquí trató del asunto con sus hermanos Coanacohtzin é Ixtlilxochitl; Coanacoch era enemigo suyo, aunque solapado, porque pretendía ser rey; Ixtlilxochitl era el príncipe rebelde, causa de la guerra civil en Acolhuacán, el primero que había solicitado la amistad de los extranjeros para apoderarse á su salvo del trono de su hermano: ambos no obstante aparentaron adoptar los planes de Cacamatzin. Consultados los guerreros acolhua, algunos le representaron los peligros de la empresa, principalmente fundados en la valentía de los teules; la mayoría opinó por la guerra, en cuya consecuencia se procedió á reunir el ejército. Cacamatzin invitó á los señores de Coyoahuacán y de Matlatzinco, parientes inmediatos de Motecuhzoma, á Totoquihuatzin, señor de Tlacopan, y á Cuitlahuac hermano del emperador y señor de Iztapalapan. Como sucede siempre al tratarse de derrocar una autoridad legítima, los conjurados, antes de alcanzar victoria, se enconan por motivo de dividir los despojos: aquellos señores no pudieron entrar en acuerdo. El de Matlatzinco pretendía para sí la corona de México, no obstante ser en menoscabo de los herederos legítimos: Cacama no podía consentirlo, siquiera por conservar su lugar correspondiente en la triple alianza; los jefes mexicana, dispuestos á no combatir sin licencia de su soberano, tampoco ayudarían á la preponderancia del rey alcoholua: imposible de hermanar tan encontrados intereses. Cacamatzin en vista de semejantes dificultades determinó obrar por su propia cuenta. (1)

El rumor de los aprestos militares llegó prontamente á México; Motecuhzoma lo comunicó á Cortés, quien era ya sabedor de ello. El emperador envió prevenir á Cacamatzin cesara en sus aprestos y fuera amigo de los blancos; mas el acolhua respondió con desprecio: una y dos veces le mandó mensajeros D. Hernando para disuadirle, recordándole la obligación que debía al rey de Castilla, á lo cual contestó: "que ni conocía á rey ni quisiera haber conocido á Cortés, que con palabras blandas prendió á su tío." (2) Agotados los me-

(1) Bernal Díaz, cap. C.—Ixtlilxochitl, Hist. Chichim., cap. 86. MS.

(2) Bernal Díaz, cap. C.